

REVISTA DE LOS CAZADORES.

EL PAVO SILVESTRE.

POR M. AUDUBON.

(Continuacion.)

El medio más común de progresión en los pavos es el andar, para lo cual abren y despliegan sus alas á medias, y la una despues de la otra, y luego las cierran cual si fuese su peso demasiado grande. Como si estuvieran jugando, á veces se les vé dar algunos pasos, abrir sus alas, azotarse con ellas los costados, como lo hace la gallina, dar dos ó tres saltos en el aire y sacudirse fuertemente.

Cuando buscan su alimento entre las hojas secas ó en la tierra, tienen la cabeza alta y miran en todas direcciones; pero cuando las piernas y los piés han concluido su tarea, se ve á los pavos asir instantáneamente su alimento valiéndose del pico, lo que me hace creer que con frecuencia conocen las sustancias nutritivas, escarbando la tierra y por solo el sentido del tacto.

Este hábito que tienen de escarbar y separar las hojas caídas en los bosques, perjudica á su seguridad, porque como los parajes que de este modo ponen en descubierto suelen tener dos piés de extensión, se ven á

cierta distancia, y cuando todavía están recientes dan indicio de hallarse estas aves en aquellas inmediaciones.

Durante los meses de estío se detienen en los caminos y en las tierras labradas á fin de poderse arrastrar en el polvo, preservándose así de los insectos parásitos que los devoran en esta época, y evitando también el ataque de los mosquitos, cuyas picaduras les incomodan sobremanera.

Cuando despues de una nieve abundante, se hiela esta suficientemente para formar una costra sólida sobre su superficie, permanecen inmóviles los pavos durante tres ó cuatro dias y algunas veces hasta por más tiempo; lo que acredita en ellos una gran facultad de abstinencia. Sin embargo, si se hallan á la inmediación de los cortijos, penetran hasta los establos para proporcionarse alimento. Cuando la nieve se derrite y descende de las montañas en masas sólidas más ó menos grandes, recorren espacios considerables, y en vano es que se intente seguirlos, pues ningún cazador, por ágil que sea, conseguirá darles alcance.

Tienen por entonces un modo de correr como balanceándose, lo cual, por muy pesado que parezca, les permite superar en veloci-

dad á todos los demás animales. Montado algunas veces sobre un buen caballo, me ví en la precision de renunciar á la idea de alcanzarlos, despues de haberlos seguido por espacio de muchas horas. Por lo demás, no tan solo se observa en el pavo silvestre esa propension de correr continuamente en los tiempos lluviosos ó de excesiva humedad; pues parece comun á la mayor parte de las gallinas. En América las diferentes especies de *tetras* manifiestan la misma tendencia.

En la primavera, cuando los machos, al finalizar la estacion de los amores, están muy flacos, suele suceder que en una llanura sean alcanzados y apresados por un perro galgo: entonces se acurrucan y se dejan coger, bien sea por el perro ó el cazador si le ha podido seguir sobre un buen caballo. He oido hablar más de una vez de casos de esta especie; pero nunca he sido tan dichoso que me hubiesen sucedido.

Los buenos perros olfatean á los pavos que están reunidos en numerosas bandadas, desde una distancia considerable, tal vez desde media milla. Cuando el perro está bien ejercitado en esta especie de cazas, corre con rapidez y en silencio hasta el instante en que descubre las aves; ladra en seguida, y lanzándose si es posible, al centro de la bandada, ahuyenta á todos los que la componen, los cuales vuelan en diferentes direcciones, y esto sirve de gran ventaja á los cazadores, porque si todos los pavos siguiesen el mismo camino, muy pronto dejarían de permanecer posados y se pondrían á correr, mientras que cuando se les tiene así separados y el tiempo está en calma, el que se habitúa á esta especie de caza encuentra á estas aves con facilidad y puede tirarles á su gusto.

Cuando los pavos se dejan caer sobre un árbol, algunas veces es muy difícil percibirlos á causa de su perfecta inmovilidad. Cuando se ha descubierto uno, es posible aproximarse sin mucha precaucion con tal que tenga las piernas dobladas; pero en el caso que esté de pié, es preciso conducirse con mayor prudencia, pues en el instante mismo que descubre al hombre, echa á volar, alejándose algunas veces á distancias bastante considerables para hacer inútil toda tentativa de persecucion.

Cuando un pavo ha sido herido en las alas, cae rápidamente en tierra, siguiendo una direccion oblicua, y al instante mismo, sin perder tiempo en arrastrarse y agitarse, como lo hacen otras aves cuando están heridas, huye con tal velocidad, que si el cazador no es auxiliado por un excelente perro, excusa de contar con su presa. Me acuerdo de haber seguido á uno, herido de esta manera, por espacio de más de una milla, desde el árbol en que se habia posado: me hubiera afanado en vano, si no le hubiera perseguido mi perro sin descanso al través de uno de los espesos cañaverales, que tanto abundan en los ricos aluviones de las márgenes de nuestros rios del Occidente.

Fácilmente se mata á los pavos cuando se les asesta el tiro en la cabeza, en el cuello ó en la parte superior del pecho: pero si únicamente se les toca en las partes posteriores, vuelan hasta tal distancia, que ya el cazador no puede seguirlos. Durante la estacion del invierno, muchas personas los cazan á la claridad de la luna, sobre los árboles en que están encamados. Tambien apresan una gran cantidad de ellos de una manera que acredita muy poco mérito, es decir, en otoño cuando procuran atravesar el rio ó en el mismo instante de llegar á la orilla opuesta.

Puesto que me ocupo ahora de la caza de los pavos, quiero referir el hecho siguiente que me ha sucedido. Era una noche del último otoño, época en que los machos se reúnen y las hembras tambien, aunque los sexos viven separados. Seguía mi caza, cuando de repente oí el cloqueo de una hembra que no tardé en descubrir encaramada sobre una haya. Me adelantaba lentamente y con precaucion, cuando oí de la otra parte el chillido de algunos machos. Me detuve para asegurarme de la direccion de este ruido, y no bien lo conseguí, procuré ocultarme detrás de un grueso tronco de árbol que yacía derribado, con mi escopeta armada, esperando con impaciencia lo que la casualidad quisiera depararme. Los machos continuaron con sus chillidos para responder á la hembra que aún no habia abandonado su haya. Dirigí mi vista sobre el tronco, y noté como hasta veinte pavos, que via recta se encaminaban con precaucion hácia el lugar donde yo estaba oculto; y tan cerca

llegaron, que con toda distincion podia ver la luz que brillaba en sus ojos.

Disparé el arma y derribé á tres; pero los demás, en vez de alzar su vuelo, pusieron á caminar gravemente al rededor de sus compañeros muertos, habiéndome sido fácil derribar algunos otros sino hubiese retrocedido ante la idea de hacer una carnicería inútil. Me descubrí por último, y dirigiéndome al paraje en que las aves estaban muertas, ahuyenté el resto de la bandada.

Creo tambien que puede haber algun interés en la relacion siguiente, que voy á referir tal y como la he oido de los labios de un respetable colono. Habitaba este un cortijo en cuyas inmediaciones habia muchos pavos, que se dejaban caer sobre los campos en la época de la germinacion del grano, y hacian un gran estrago. Resolvió el colono tomar venganza, y para ello en la situacion que le pareció más conveniente abrió una larga zanja, donde distribuyó el grano abundantemente; despues cargó un trabuco casi hasta la boca y lo dispuso de tal modo, que por medio de un cordon podia hacer fuego sin que le viesan las aves. Los pavos en breve descubrieron y devoraron el trigo de la zanja, sin dejar por eso de asolar los campos. Continué el colono derramando trigo en la zanja, y cuando un dia la vió negrear á causa del excesivo número de pavos que en ella habia, silbó fuertemente, y en el instante mismo en que atentas las aves á este ruido alzaban la cabeza, nuestro colono tiró del cordon, el arma descargó con una explosion terrible, y enseguida huyeron los pavos sin direccion determinada en el más completo desorden. Halláronse en la zanja nueve víctimas, y el resto de la bandada, al ménos en aquel año, renunció á comer el trigo de aquellas posesiones.

En la primavera acuden los pavos al silbido que se origina, soplando de cierto modo á través de uno de los huecos que se encuentran en la segunda articulacion del ala de este ave, produciendo así un sonido que se parece á la voz de la hembra. Pero este ejercicio requiere una gran perfeccion, porque los pavos tardan muy poco en reconocer los sonidos contrahechos y acreditan mucha circunspeccion y no ménos astucia. He visto con frecuencia que respondian á

esta especie de grito sin dar un solo paso, desconcertando así al cazador, que no se atrevia á salir del lugar donde se ocultaba, por temor de que, al descubrirle el ave, malograra todos sus esfuerzos para cazarle.

El medio más comun de obtener pavos silvestres, es usar una especie de trampa. Colócase en la parte del bosque donde se ha observado que estos animales acostumbran á posarse, y se construye del modo siguiente:

(Concluirá.)

CARTAS SOBRE LA EXPOSICION UNIVERSAL (1).

III.

Para que los lectores de LA CAZA puedan formar una idea de la Exposicion, necesito poner de manifiesto la forma de colocacion de los objetos expuestos. La clasificacion de estos se ha hecho dividiéndolos en 95 clases, que constituyen diez grupos en la forma siguiente:

GRUPO PRIMERO.

Obras de arte.

- Clase 1.^a—Pintura al óleo.
- Clase 2.^a—Pinturas diversas y dibujos.
- Clase 3.^a—Esculturas y grabados sobre medallas.
- Clase 4.^a—Dibujos y modelos de arquitectura.
- Clase 5.^a—Grabados y litografías.

GRUPO SEGUNDO.

Material y aplicaciones de las artes liberales.

- Clase 6.^a—Productos de imprenta y librería.
- Clase 7.^a—Objetos de fabricacion de papel, encuadernaciones y material de arte de la pintura y del dibujo.
- Clase 8.^a—Aplicacion del dibujo á las artes usuales.
- Clase 9.^a—Aparatos de fotografia.
- Clase 10.—Instrumentos de música.
- Clase 11.—Aparatos é instrumentos médicos.—Ambulancias civiles y militares.
- Clase 12.—Instrumentos de precision y material de enseñanza de las ciencias.
- Clase 13.—Cartas y aparatos de geografia y cosmografia.

GRUPO TERCERO.

Muebles y objetos destinados á la habitacion.

- Clase 14.—Muebles de lujo.
- Clase 15.—Obras de tapicería y decorado.
- Clase 16.—Cristales, fabricacion de vidrios de lujo.
- Clase 17.—Porcelana, loza y otras vajillas de lujo.

(1) Véase el núm. 10.

Clase 18.—Alfombras, tapicería y otros objetos de amueblar.

Clase 19.—Papeles pintados.

Clase 20.—Cuchillería.

Clase 21.—Platería.

Clase 22.—Bronces, fundiciones de arte y obras de metal.

Clase 23.—Relogería.

Clase 24.—Aparatos y procedimientos de calentar, y alumbrado.

Clase 25.—Perfumería.

Clase 26.—Objetos de limpiar curtidos, de tornear y de hacer cestas.

GRUPO CUARTO.

Vestidos y otros objetos de uso de las personas.

Clase 27.—Hilos y tejidos de algodón.

Clase 28.—Hilos y tejidos de lienzo y de cáñamo.

Clase 29.—Hilos y tejidos de lana.

Clase 30.—Hilos y tejidos de lana cardada.

Clase 31.—Hilos y tejidos de seda.

Clase 32.

Clase 33.—Encajes, tejidos, bordados y pasamanería.

Clase 34.—Artículos de bonetería y de lencería, objetos accesorios de vestir.

Clase 35.—Vestuarios de ambos sexos.

Clase 36.—Joyería y objetos de oro y plata.

Clase 37.—*Armas portátiles.*

Clase 38.—Objetos de viaje y campamento.

Clase 39.—Fabricación de juguetes.

GRUPO QUINTO.

Productos de las industrias de exportación.

Clase 40.—Productos de la explotación de las minas y de la metalurgia.

Clase 41.—Productos de la explotación de industrias forestales.

Clase 42.—*Productos de la caza, de la pesca y de la recolección.*

Clase 43.—Productos agrícolas no alimenticios de fácil conservación.

Clase 44.—Productos químicos y farmacéuticos.

Clase 45.—Ensayos de procedimientos químicos de blanquear, de teñir y estampar.

Clase 46.—Cueros y pieles.

GRUPO SEXTO.

Instrumentos y procedimientos de artes usuales.

Clase 47.—Material y procedimientos de explotación de las minas y artes usuales.

Clase 48.—Material y procedimientos de la explotación rural y forestal.

Clase 49.—*Obras de ingenio e instrumentos de la caza, de la pesca y de la recolección.*

Clase 50.—Material y procedimientos de máquinas agrícolas y de las industrias alimenticias.

Clase 51.—Material de arte, de química, de farmacia y de curtidos.

Clase 52.—Motores, generadores y aparatos

mecánicos adaptados a las necesidades de la Exposición.

Clase 53.—Máquinas y aparatos de mecánica general.

Clase 54.—Máquinas-herramientas.

Clase 55.—Material y procedimientos de hilar y hacer cuerda.

Clase 56.—Material y procedimientos de hacer tejidos.

Clase 57.—Material y procedimientos de costura y de la confección de vestidos.

Clase 58.—Material y procedimientos de la confección de objetos de mobiliario y de las habitaciones.

Clase 59.—Material y procedimientos de papeles, tintas y estampaciones.

Clase 60.—Máquinas, instrumentos y procedimientos usados en los diversos trabajos.

Clase 61.—Carruajes de todas clases.

Clase 62.—Guarniciones y efectos de montar.

Clase 63.—Material de caminos de hierro.

Clase 64.—Material y procedimientos de la telegrafía.

Clase 65.—Material y procedimientos del ingenio civil, de los trabajos públicos y de la arquitectura.

Clase 66.—Materiales de náutica y de salvamento.

GRUPO SÉTIMO.

Alimentos.

Clase 67.—Cereales y otros productos harinosos.

Clase 68.—Productos de panadería y pastelería.

Clase 69.—Cuerpos grasos alimenticios; leche y huevos.

Clase 70.—Viandas y pescados.

Clase 71.—Legumbres y frutos.

Clase 72.—Condimentos y estimulantes, azúcares y productos de la confitería.

Clase 73.—Bebidas fermentadas.

GRUPO OCTAVO.

Productos vivos y modelos de establecimientos de agricultura.

Clase 74.—Modelos de explotaciones rurales y útiles agrícolas.

Clase 75.—Caballos, asnos, mulos, etc.

Clase 76.—Bueyes, búfalos, etc.

Clase 77.—Carneros, cabras, etc.

Clase 78.—Cerdos, conejos, etc.

Clase 79.—Aves de corral.

Clase 80.—Perros de caza y de guarda.

Clase 81.—Insectos útiles.

Clase 82.—Pescados, crustáceos y moluscos.

GRUPO NOVENO.

Productos vivos y modelos de establecimientos de horticultura.

Clase 83.—Sierras y material de horticultura.

Clase 84.—Flores y plantas de adorno.

- Clase 85.—Hortalizas.
 Clase 86.—Frutas y árboles frutales.
 Clase 87.—Granos y plantas olorosas de los bosques.
 Clase 88.—Plantas de invernaderos.

GRUPO DÉCIMO.

Objetos penales expuestos para el mejoramiento de la condicion física y moral de los pueblos.

Clase 89.—Materias y método de enseñanza de los niños.

Clase 90.—Bibliotecas y material de enseñanza de los adultos, de la familia, de los talleres y las corporaciones.

Clase 91.—Muebles, vestidos y alimentos.

Clase 92.—Modelos de costumbres populares de diversos países.

Clase 93.—Modelos de habitaciones notables por su baratura y sus condiciones de higiene y bienestar.

Clase 94.—Productos de toda clase, fabricados por obreros jefes de taller.

Clase 95.—Instrumentos y procedimientos de trabajos, hechos especialmente por obreros jefes de taller.

Como V. comprenderá por el anterior extracto, en lo que debo fijarme principalmente es en las clases 37, 42, 49 y en casi todas las del grupo octavo. Algo diré también de las clases 35 y 38, pues no deja de haber bastantes cosas notables, bajo el punto de vista de la caza, entre los vestuarios y objetos de viaje.

Limitaré, pues, mis observaciones á lo que dejo apuntado, pues de otro modo los lectores de LA CAZA dirían, y con razón, que este periódico no cumplía su palabra de ser exclusivamente venatorio, ó sea *cynegético*, como se dice en el lenguaje de caza.

Dentro de pocos días estarán aquí la mayor parte de los soberanos de Europa. Se habla de cacerías, de carreras de caballos, de comidas, de fiestas reales y diplomáticas, de conciertos, entre ellos uno de *trompas de caza*, y de mil cosas más. De ellas iré tomando lo que pueda convenir á nuestro periódico.

Me han asegurado que la Exposición durará todo el año actual, y no dudo que si durante el mes de Diciembre sigue siendo crecido el número de concurrentes, habrá nuevo aplazamiento.

No falta quien eche á volar la noticia de que el cólera nos está visitando en París, y son muchos los que afirman que lo tendremos indudablemente. Yo puedo asegurar á V. que el estado sanitario de esta *Babilonia* es inmejorable, y que el gobierno y la municipalidad han tomado las medidas preventivas que puede exigir el hombre más previsior.

De V. buen amigo, J. M. S.

Paris 28 de Abril de 1867,

APUNTES DE UN CAZADOR.

Siendo la caza la más noble diversion que el hombre ha podido escoger, aplaudimos entrañablemente el pensamiento de haber creado en España un periódico dedicado á defender los intereses de este arte y el de los cazadores, como lo hay en las naciones más cultas de Europa.

Jacobo Du Fouloux, al dedicar al rey Carlos IX de Francia, su *Arte de montería*, dijo: «Me parece, señor, que la mejor ciencia que puede V. M. aprender, despues de »la creencia de Dios, es la de divertirse, »usando de ejercicios honestos; entre los »cuales yo no hallo otro más laudable que »el de la caza.» Creemos que Jacobo Du Fouloux tenia razon.

En muchas ciudades de Alemania hay sociedades de cazadores, y hasta tienen sus casas de tiro, encima de cuyas puertas se lee: *Casa de tiro*. Allí se reunen los tiradores los dias de fiesta durante la época de la veda, y se ejercitan en tirar de diversos modos, con objeto de adiestrarse, más que en nada, en el tiro á la carrera.

Entre los distintos métodos que para ello usan, nos parece el mejor y más útil el siguiente, que por lo sencillo merece ser imitado en España, dado caso de que, como han hecho los aficionados de Alicante, se vayan formando sociedades de cazadores, del mismo modo que las hay formadas de baile, canto, etc.

En un jardin ó patio de bastante extension, se clavan dos filas de estacas ó palos del grueso de cuatro pulgadas, y de dos metros de altura, cuyas filas, que han de ser paralelas, deben estar separadas otros dos metros. Estas filas de puntales deben tener á lo ménos cien pasos de extension, y las distancias á que han de estar clavadas las unas de las otras, deben ser variables, siendo en unas de medio metro, en otras de uno, y en otras de dos.

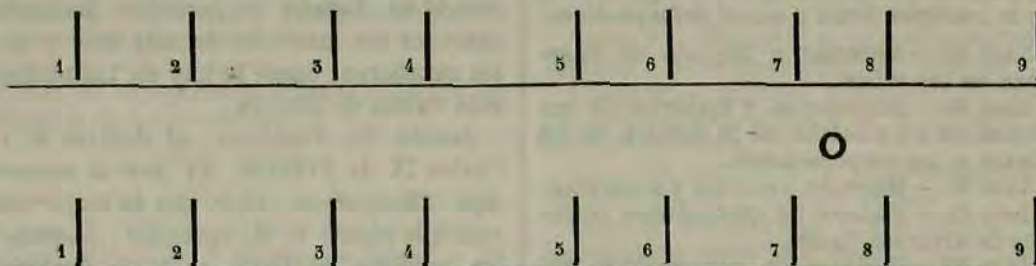
Cada dos de estos puntales, es decir, cada uno y su compañero en la otra fila, han de ser de un mismo color, y numerados de modo que haya dos blancos, dos encarnados, dos verdes, dos azules etc., de donde resultará que los puntales de un mismo número tendrán tambien un mismo color.

El callejon que forman estas dos filas de estacas debe ser terrizo y llano, á fin de que pueda rodar por él una bola ó pelota de lana, forrada de badana ó cuero.

Debe haber tres ó cuatro clases de pelotas

de distintos tamaños; desde un pié de diámetro para los principiantes, hasta el grueso de una naranja para los más diestros.

Hé aquí la figura que debe tener la escuela de esta clase de tiro:



El director se coloca al principio de esta calle; el tirador hacia la derecha ó hacia la izquierda y en la medianía, separado veinticinco ó treinta pasos. Entonces el director le dice: «Listo entre el 7 y 8;» y cuando el discípulo contesta *listo*, le arroja la pelota rodando á lo largo del paseo, para que al llegar al claro indicado, le dispare y le dé. Si el plomo da en la bola, la hará descarrilar ó desviarse, pero si no le da, la pelota seguirá su curso.

Al paso que los tiradores se van adiestrando, se disminuye el grueso de la pelota y se le aumenta la velocidad, hasta que iguale ó supere á la que lleva una liebre en su carrera.

Nada queremos decir sobre el tiro al vuelo, puesto que es muy sabido que en Valencia se adiestran tirando á las palomas; habiendo llegado á tal punto, que se amaga con arrojar la paloma por la derecha y se suelta por la izquierda; y hay algunos tan distros que las matan, aunque al soltarlas les arranquen la cola para que cuchilleen.

Nosotros aconsejamos á los que deseen aprender á tirar al vuelo y no tengan proporcion de asistir al tiro de paloma, que se ejerciten en tirar á los gorriones volando. Estos pajarillos son perjudiciales en todos conceptos, y nada se pierde con matarlos; y como vuelan muy rápidos, serán buenos tiros los que se hagan en ellos, por lo cual creemos que el que mate muchos gorriones volando, matará también muchas perdices, con solo tener serenidad.

Reprobamos completamente el método de querer aprender á tirar al vuelo tirando á

los aviones. Estas aves no hacen daño á nadie; y antes por el contrario, se comen diariamente miles de insectos, que nos molestarían mucho más que lo hacen, si no hubiese aviones.

Además, como los aviones pasan y repasan con más y con menos rapidez, el tirador escoge el que entra mejor y con más pausa. Si se le pone bien, lo tira; si no, espera que pase otro casi parado para tirarlo. Nosotros apostamos veinte contra uno, que algunos matarán diez aviones, y luego en el campo no matarán una perdiz.

Otro día diremos algunas palabras sobre lo noble y útil que es el ejercicio de la caza, ya que de ello empezamos á hablar al principio de este artículo.

J. DE ARNAO.

VOLATERÍA.

DEL VENCEJO.

Puesto que este periódico se propone ir recorriendo la escala zoológica bajo el punto de vista de la caza, y toda vez que la veda nos hace buscar un recurso á nuestra afición á la caza en las aves de paso, voy á decir algunas palabras acerca del vencejo, pájaro, al parecer, de poca importancia, pero que no deja de tenerla, si se considera lo difícil que es matarlo en su vuelo, tanto por la rapidez con que lo verifica, cuanto por las continuas variaciones que en el mismo ejecuta.

Los vencejos habitan poco tiempo en nuestro país. Vienen á principio de Mayo; hacen una sola cria de cuatro á seis huevos blancos y largos; á mediados de Junio ya empiezan á volar los pollos, y un mes más

tarde, antes de terminar el de Julio, nos abandonan.

No puede considerarse al vencejo como pieza de caza; pero si como medio de que el principiante se ejercite en el tiro. Estos pájaros salen de sus nidos en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde, regresando de su primera expedición cuando el sol calienta bastante, y de la segunda cuando desaparece la claridad del día. El objeto de estas salidas es, unas veces, hacer provisiones, y otras, revolotear sin ningún designio para satisfacer su necesidad de ejercitar el vuelo.

En dichas salidas es cuando el aficionado necesita dedicarse á esta caza, que yo recomiendo, porque aunque se hagan muchos disparos sin resultado, se adquiere serenidad y aplomo para tirar, no solo al vuelo, sino á la carrera á la caza de pelo.

El vencejo hace repetidas evoluciones en su vuelo; y el tiro de pico, difícil en las demás aves, lo es mucho más en la de que me ocupo, por su gran velocidad: se debe, pues, tirar de cola, ó girado de izquierda á derecha, ó viceversa, siendo este, en mi concepto, el mejor tiro, pues aun cuando el tamaño del vencejo no es grande, tiene largas alas, con las cuales presenta al tirador buena superficie en que poder fijar la puntería.

Segun hemos indicado, las mejores horas para tirar á los vencejos, son por la mañana antes de las ocho, y por la tarde despues de las cuatro. Para conseguirlo bastará situarse en un paraje del campo, no lejano de la poblacion, en donde haya sembrados de trigo, cebada, centeno ú otras semillas, pues allí van á coger mosquitos é insectos de que se alimentan. Es muy frecuente que lleguen rastreros y que se remonten repentinamente, haciendo mil variaciones en su vuelo, por lo cual el cazador, al verlos venir, debe prepararse, echándose la escopeta á la cara, con ánimo de seguirles en sus giros y poder aprovechar el momento oportuno que se presente, el cual se encuentra con paciencia y aplomo, y de este modo conseguirá matar algunos.

Mi predileccion por la volatería me ha hecho adquirir alguna práctica en el tiro del vencejo, y he visto que muchas personas salen á ejercitarse en él. Hace poco fui á los terrenos próximos á San Bernardino, y antes de llegar al sitio que me proponia visitar, oí varios disparos, lo que me demostró que otros compañeros más madrugadores me habian precedido en este ejercicio, que en verdad parecia un simulacro. Me coloqué á doscientos pasos de uno de ellos y tuve ocasion de admirar su destreza, pues hicieron bastante mortandad, sintiendo no tener el gusto de conocerles para consignar aqui sus nombres. Yo tuve la suerte, que para todo se necesita suerte en este mundo, de matar cinco de los ocho que tiré.

Concluyo aconsejando á los aficionados á caza de volatería, que no descuiden el tirar un poco de pólvora á los vencejos, porque recogerán el fruto con usura, adiestrándose para cuando tengan ocasion de tirar perdices, chochas, codornices y otras aves.

LUIS ORTEGA.

RECUERDOS DE VIAJES.

LA CAZA Á LOS TIGRES.

(Continuacion.)

II.

Los Birmanos ocupan un terreno de muchas millas de extension.

Marchamos bastante de prisa, llegando en poco más de dos horas á la entrada de la selva. Jamás naturaleza más sombría, más rica y lujuriosa que la de aquella tenebrosa selva, que parece colocada allí por la mano de un mágico poderoso.

Los senderos, obstruidos en algunos parajes por nuevos retoños ó ramas desgajadas, denotaban que el canto del leñador y el paso del cazador no debian resonar con frecuencia en aquella espesísima selva. Allá, á lo lejos, se percibian algunos claros de terreno; pero donde marchábamos, todo era sombra y tinieblas. Los indios encargados de conducir nuestras navecillas, debian haber tomado por otro camino, pues por el nuestro no se distinguia la menor huella.

Con frecuencia nos salia al paso caza de pelo y pluma, con que nos hubiéramos contentado en otra ocasion; pero temiendo que nos retardásemos ó no encontrásemos luego el camino, dí orden terminante de no tirar mientras que el caso no lo exigiese.

Caminábamos en el orden siguiente: Laos delante y yo detrás, José me seguia, luego mis dos marineros, y cerrando la marcha, M. L. y Desiré. Los unos empuñaban su cuchillo; otros su carabina.

La selva no tenia traza de terminarse. Aquella soledad lúgubre y aterradora empezaba á mi pesar á inspirarme una impresion indefinible, con sus ruidos extraños y ocultos, que oíamos á cada paso, sin ver nunca la causa que los producía. De repente un rugido terrible y gutural, como el que arroja el tigre acosado por el hambre, cuando está inquieto ó excitado por las variaciones atmosféricas, hizo retemblar la selva con su magistral sonoridad.

«*Kya, kya!*» «¡El tigre, el tigre!» gritaron los Birmanos blandiendo sus hachas.

Los rugidos resonaban á bastante distancia de nosotros, y parecian seguir una direccion opuesta á la nuestra. Esta falsa alerta nos hizo mar-

char con dobles precauciones, á pesar de que la selva habia tornado á su antiguo silencio.

En un momento en que, siguiendo los pasos de Laos, sondeaba con la vista la profundidad de la selva, percibi á mi izquierda un ruido precipitado en los matorrales. El ramaje se agitó en el bosque en un espacio de bastante extension, pero nada me fué posible percibir. De repente se oyeron dos tiros seguidos de otros dos, mediando entre los primeros y segundos algunos momentos tan solo.

En la intensidad de la primera explosion reconocí la carabina de M. L. Efectivamente, la columna habia espantado á una jabalina con sus hijuelos, y en vez de arrojarle sobre mi, el animal habia querido atravesar derecho el sendero. M. L. la vió y le habia roto la espalda de un balazo. Del segundo tiro hizo rodar uno de los hijuelos, atravesándole el corazon. Los demás se perdieron en la espesura.

Desiré no habia podido tirar sobre los animales por su mala vista; pero se aproximó á la jabalina. Esta, sosteniéndose en un árbol de *cahou* (*acacia mimosa*), trató de hacerle frente, pero Desiré le metió dos balas en el cráneo, casi á boca de jarro. El animal era de un grueso regular. En la Indo-China el jabali es más pequeño y ménos grueso que en Europa.

En algunos minutos nuestros marineros prepararon la bestia con sus cuchillos, y atándole las patas de atrás á las de adelante, introdujeron por entre estas una fuerte rama, cuyos extremos colocaron sobre sus espaldas; y proseguimos nuestra interrumpida marcha.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. DIRECTOR DE LA CAZA.

Muy señor mio: Siendo obligacion de todo aficionado al arte que tan dignamente representa y defiende en su apreciable periódico, el denunciar los abusos que relativamente á la caza se cometan por los que, más que cazadores, pueden llamarse destructores de tan noble diversion, me tomo la libertad de llamar su atencion para que lo haga á quien corresponda, sobre el desprecio completo que se hace de la veda y de la ley de caza en general, en los términos del Moral, Quintana, Villodrigo y otros de la provincia de Palencia, donde se han muerto á estas fechas con reclamo de hembra más de doscientos machos de perdiz, y en que los pastores y demás *alimañas* racionales de la caza cogen todos los dias con lazo infinidad de hembras echadas en los nidos, perdiéndose por cada una el número de perdigones que V. puede suponer.

En Francia y en otros países la aficion de los

verdaderos cazadores (que dicho de paso, pagan aquí una contribucion bastante crecida, si á ella quieren dedicarse buena y legalmente) está mucho más garantida; y bueno sería llamar la atencion de las autoridades, para que en España tuvieran aquellos la misma proteccion, exigiendo á los guardias civiles y rurales, que con frecuencia hacen la vista gorda con los vecinos de los pueblos en que residen, que cumplan en lo relativo á la caza, como lo hacen con los demás intereses que les están confiados, de una manera inflexible con su deber, recogiendo las escopetas á los que se dirigen á ella sin las licencias necesarias y á los que teniendo licencias lo hacen en tiempo de veda, y aplicando por fin las penas que la ley señala á los que se dirigen á cazar con lazo, alares, hurones y otros medios, en todos tiempos prohibidos.

Si V., Sr. Director, llegara á alcanzar que estas indicaciones fueran atendidas por las autoridades, como es de justicia, todos los cazadores de España le deberian agradecimiento; y especialmente los de las provincias de Búrgos, Palencia y otras de Castilla la Vieja, donde las leyes de caza parecen relegadas á completo olvido.

Aprovecho esta ocasion para ofrecerme de usted atento seguro servidor y suscriptor Q. B. S. M.

C. S.

Búrgos 12 de Junio de 1867.

Sr. D. L. O.

Mi querido amigo: Por las tuyas veo que no te has divertido en la caza de perdiz de reclamo, á consecuencia de no entrar los machos, aun teniendo los reclamos tan sobresalientes que tienes. Aquí ha sucedido lo contrario, pues yo, con solo una perdiz regular, he tenido puestos de cuatro, cinco y seis machos, y por último, la última tarde que salí, en dos puestos conseguí matar quince. Esto te probará que la temporada aquí ha sido buena: todas mis cacerías las hice en mi dehesa de San Márcos, que tú bien conoces.

En cuanto á conejos, hay una cria abundantísima, y esperamos divertirnos en la época oportuna.

Hasta otro dia que te refiera algunos episodios de caza, tu amigo

BUENAVENTURA MONTERO.

Puebla Nueva 12 de Junio de 1867.

VARIEDADES.

LA CAZA DEL MIRLO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuacion.)

—Corriente, respondió el capitán.

—¡Ah! se me olvidaba; ya sabe V. que mañana tenemos que comer más temprano. Tonino me

ha ofrecido llevarme al teatro *Della Valle*: tengo mucha curiosidad de ver á esa maldita bailarina que ha entrado en mi plaza.

—Pero, querida, respondió el capitán; mañana no hay teatro; es pasado mañana; además, yo no sé tampoco si estará corriente el birlocho. Hoy me informaré de todo eso; no estés con cuidado. Mientras tanto, si para hacer tiempo quisierais que fuésemos mañana á pasear á caballo hasta Tivoli ó Subiaco.....

—¿Será V. de la partida, M. Lonet? me preguntó Zefrina.

—Señora, mil gracias; como no estoy acostumbrado á montar á caballo, aseguro bajo mi palabra de honor, que no encuentro en ello ningún placer. Aparte de eso, ya que el capitán me lo ha ofrecido, mañana me irá á cazar; antes que todo, soy yo cazador.

—Pues bien, como V. guste, mi estimado M. Lonet; con toda libertad, dijo el capitán.

—Yo haré compañía á M. Lonet, añadió el teniente, y cazaré también con él.

—En ello me hace V. mucho favor, le respondí haciéndole una reverencia.

Quedaron convenidos, pues, en que á la mañana siguiente el capitán y Zefrina irían á caballo hasta Subiaco, y el teniente y yo nos quedaríamos en el castillo para hacer nuestra proyectada cacería.

Después de comer, el capitán nos dio á ambos entera libertad, y nos aprovechamos de ella al instante; porque yo, sobre todo, como Vds. comprenderán fácilmente, había llevado en aquellos quince ó diez y ocho días una vida agitadísima y en extremo penosa.

Volví á mi cuarto, y no hay que decir cuál sería mi sorpresa al encontrar en uno de los rincones mi escopeta, en el otro el morral, y mis cien escudos encima de la chimenea. Esto me convenció de que en el castillo de M. el capitán Tonino, no eran necesarias las llaves para abrir todas las puertas.

Mientras que me estaba desnudando, el cocinero á quien había encargado que de mi parte diesen las gracias por lo bien hecho de mi plato provenzal, entró á preguntarme si á la mañana siguiente quería almorzar á la provenzal, á la italiana ó á la francesa; porque visto el proyecto de aquella partida de caza, el conde de Villa-Forte había mandado que me sirviesen el almuerzo en mi habitación. Yo encontré muy natural y muy puesto en razón, que habiendo el capitán Tonino cambiado de traje, hubiese creído á propósito cambiar también de nombre. Volví á hacer mis cumplidos al cocinero, y le dije que me hiciese un pollo frito con aceite, llamado por nombre á la provenzal; este es mi plato favorito.

La noche fué muy buena; tan buena, que no desperté hasta que llamaron con el desayuno á la puerta de mi gabinete.

Almorcé, señores, como un rey; y estaba al concluir apurando una jicara de chocolate, cuando sentí que me daban suavemente en el hombro; volví la cara, y era el teniente con un vestido de caza lo más elegante posible.

—Y bien! ¿Vé V., me dijo, como ya estamos dispuestos?

Le pedí mil perdones, advirtiéndole al mismo tiempo que no podría ir á caza de calzon corto como me encontraba. Entonces me señaló con el dedo un traje completo de cazador, en todo parecido al suyo, y preparado para mí, que estaba sobre un sofá.

Yo me encontraba como Aladin, señores; no tenía más que concebir mi deseo para verlo realizado.

En un abrir y cerrar de ojos estuve ya corriendo, y bajamos á la puerta del castillo. Allí estaban aguardando algunos criados que cuidaban de cuatro caballos ensillados, uno para el capitán, otro para Zefrina y los otros para dos lacayos.

Al mismo tiempo que nosotros, bajaba el capitán: metió en las pistoleras un par de pistolas con dos cañones, y otro tanto hicieron los criados. Aquel y estos llevaban un traje de capricho que les permitía, sin parecer mal, llevar también un cuchillo de monte; y como observase que yo reparaba en estas precauciones, me dijo:

—¿Qué quiere V., M. Lonet! En este país está tan mal montada la policía, que puede uno fácilmente encontrar por ahí gentes que no le gusten. Bueno es ir prevenido; ya me entiende V.

Ciertamente yo estaba muy lejos de entender nada de aquello. Al contrario, ó yo había estado soñando hasta entonces, ó lo estaba en aquel momento. ¿Cuál de las dos era ilusión, el capitán ó Villa-Forte? ¿Cuál de las dos era realidad? Veán Vds. lo que no podía desembrollar en mi imaginación. Así que resolví dejar seguir las cosas.

En cuanto á Zefrina, estaba encantadora con su traje de amazona.

—Que encuentre V. mucha caza, mi estimado M. Lonet, me dijo el capitán al montar á caballo. Nosotros estaremos de vuelta dentro de cuatro horas, y espero que para entonces habrá V. concluido de cazar.

—Así creo, señor conde, respondí yo; aunque en materia de caza no me atreveré nunca á afirmar cosa ninguna. Nadie es capaz de adivinar á dónde puede llevarnos la caza. ¡Una caza!

—En todo caso, dijo el capitán arrimando las espuelas al caballo, obligándole á hacer dos ó tres corbetas; en todo caso, Beaumanoir, te recomiendo á M. Lonet.

—Descuide V., conde; le respondió el teniente.

Y después de hacernos con la mano otro saludo, aquel y Zefrina se alejaron á galope, seguidos de sus criados.

—Perdone V., dije yo acercándome al teniente; ¿es V., según parece, á quien el conde ha llamado Beaumanoir?

—Sí, señor, el mismo.

—Yo estaba en la inteligencia de que la familia de Beaumanoir había quedado extinguida.

—¡Mejor! Yo la vuelvo á resucitar.

—Eso es cierto, es V. muy dueño de hacerlo así, y le pido mil perdones si he sido indiscreto en preguntar.

—¡Oh! No hay de qué, mi estimado M. Lonet. ¿Quiere V. llevar perro, ó no?

—Me gusta más cazar sin perro; el último que tuve me insultó de un modo muy atrevido y muy cruel, y sentiría, la verdad, que se volviera á repetir el lance.

—Pues bien! le llevaré yo solo. Cayetano, suelta á Romeo.

Salimos del castillo, y empezamos al instante á cazar. A los seis primeros tiros maté cuatro mirlos, lo cual prueba hasta la evidencia que el que perseguí desde Marsella estaba endemoniado: no podía consistir en otra cosa. Beaumanoir se reía mucho conmigo.

—¿Qué gusto tiene V. en tirar á esos pajarillos?

—El mirlo, le contesté, es en Marsella un animal menos común. Solo había visto uno en toda

mi vida, y á él es á quien debo la satisfacción de encontrarme ahora en compañía de V.

—¡Bah! déjese V. de eso, y reserve los tiros para los faisanes, las liebres y los corzos.

—¿Cómo! pues qué, ¿hemos de ver hoy semejantes animales?

—Mire V., mire V., ahí va uno que ha salido de entre nuestros pies.

Efectivamente, á diez pasos me había saltado un corzo.

De trecho en trecho íbamos hallando algunos jardineros, que me parecía haber visto en otra parte, y guardas cuya fisonomía no me era desconocida. Todos me saludaban, y sospeché que aquellos hombres eran los mismos bandidos con diferentes trajes. Pero había visto tantas cosas y tan sorprendentes todas, que tomé el partido de no afligirme por nada, ni devanarme los sesos en cavilaciones.

A todo esto, nosotros estábamos haciendo un fuego graneado; el parque era inmenso; cerrado por una alta y hermosa cerca, que de trecho en trecho tenía algunas rejas para disfrutar de muchos y muy pintorescos puntos de vista, que desde allí se descubrían. Cuando yo estaba entretenido en mirarlos, y me hallaba próximo á una de aquellas rejas, M. Beaumanoir se enredó con un faisán y le mató.

—Signore, me dijo un hombre que en aquel momento pasaba por fuera de la cerca: signore, ¿questo castello, è il castello d'Anticoli?

—Perdone V., le respondi acercándome más á la reja; yo no entiendo el italiano. Hábleme V. en francés, y tendré muchísimo gusto en contestar.

—¿Calle! me dijo el mismo. ¿es V. M. Lonet?

—Si señor, yo soy, ¿pero de dónde me conoce usted?

—¿Conque no se acuerda V. de mí?

—No tengo ese gusto.

—Ernesto, el oficial de húsares, su compañero de viaje.

—¡Ah! ¡M. Ernesto! ¿V. por aquí? ¡Conque es usted! ¿Qué contenta se va á poner Zefrina!

—¿Pero..... de veras está aquí Zefrina?

—Sin duda ninguna, M. Ernesto; aquí está, no lo dude V., prisionera lo mismo que yo.

—Conque es decir que el capitán Tonino.....

—Es el mismo que el conde de Villa-Forte.

—¿Y este castillo?....

—Es una caverna de ladrones.

—Eso es cuanto yo deseaba saber. Adios, mi querido M. Lonet. Si nos vieses en conversacion, sospecharian algo. Diga V. á Zefrina que mañana sabrá de mí..... Adios; y desapareció entre los árboles.

—Tráelo, tráelo aquí, Romeo; gritaba al perro M. de Beaumanoir.

Me fui de prisa hácia donde estaba.

—¡Bueno! Parece que es buena pieza el faisán. ¡Ah, hermosa! ¡Sin duda que lo es!

—Si, sí lo es. ¿A quien estaba V. hablando, M. Lonet?

—A un paisano que me preguntaba no sé qué cosa en italiano, y le decía que tenía el disgusto de no entender el idioma.

—¡Ya! dijo M. de Beaumanoir como con recelo, y mirándome de soslayo. Cargó otra vez la escopeta, y me dijo:

—Me parece, M. Lonet, que será mejor que yo, que hablo en italiano, vaya junto á la cerca. Podría, tal vez, presentarse algun otro paisano que tuviera que preguntar algo, y en tal caso, yo me encargaré de responderle.

—Como V. guste, M. de Beaumanoir, le respondí.

Al instante quedó, por mi parte, ejecutada la evolucion que había mandado. Beaumanoir púsose á mirar á todas partes por aquella reja, pero ya no vió á nadie.

IX.

La caza fué soberbia, y debo decir en honor de la verdad, que M. de Beaumanoir era un excelente tirador. A las cuatro estábamos ya de vuelta en el castillo, y no habían todavía parecido el conde de Villa-Forte y Zefrina.

Subí á mi cuarto con el objeto de vestirme y estar preparado para la comida. Pero como faltaban dos horas y me sobraba tiempo, cogí el violonchelo y toqué algunos preludios. Era un instrumento muy bueno, y me confirmé en mi anterior resolucion de no deshacerme de él, como pudiese.

A las cinco y media bajé al salon y llegué el primero.

Un momento despues, se presentaron el conde de Villa-Forte y Zefrina.

—Y bien, mi estimado M. Lonet, me dijo la última. ¿se ha divertido V. mucho?

—Mucho, la respondí yo; hemos aprovechado muy bien el rato; ¿y V.?

—¡Oh! A fe mía me he divertido tambien muchísimo: las cercanías de Anticoli son encantadoras.

—Capitan, dijo el teniente que abría la puerta en aquel momento.

—¿Quién me llama capitan? Aquí no soy capitan, querido Beaumanoir, soy el conde de Villa-Forte.

—Capitan, volvió á decir el teniente; es para una cosa muy grave: haga V. el favor de salir por un momento.

—Perdone V., mi querida amiga, y usted tambien, M. Lonet, pero ya sabe V. que las obligaciones son antes que todo.

—Arregle V., señor conde, sus negocios; no se detenga V. por nosotros.

El capitán salió de la sala; le seguí con la vista, y cuando hubo cerrado la puerta y estuve seguro de que no me podían oír, dije á Zefrina:

—Señorita, he visto á M. Ernesto.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¡Ah! ¡Mi querido Ernesto! nos habrá seguido de posada en posada.

—Así es de creer, ó de otro modo, sería precisamente brujo.

—¿Le ha hablado V.? ¿Le ha dicho algo para mí?

—Que mañana sabría V. de él.

—¡Oh qué felicidad! M. Lonet, va á libertarnos.

—Pero ¿cómo es que se encuentra V. entre estos hombres, si los aborrece tanto?

—Por la misma razon que está V. entre ellos.

—Pero yo he sido conducido por la fuerza.

—¿Y cree V. que yo he venido por mi propia voluntad?

—Entonces este bandido de capitán....

—Me vió bailar en el teatro de Bolonia, se enamoró de mí, y me ha robado.

—¡Dios mío! este hombre es un ateo que no respeta ni á las bailarinas ni á los contrabajos.

—Y lo que me ha causado en esto más pesar que todo, es que tal vez habrá creído Ernesto que yo me fugué con un milord; porque casual-

mente había entonces un inglés que me estaba haciendo la corte.

—¡Oh! no puede....

—¡Silencio! ahí está Tonino.

—¿Y qué? dijo Zefrina adelantándose hacia él; ¿qué es lo que tenemos? ¡Ay Dios, qué semblante! ¿Acaso han traído malas noticias?

—Por lo ménos no son buenas.

—¿Pero vienen por conducto seguro? preguntó Zefrina con una inquietud entonces no fingida.

—No puede ser de persona más fidedigna: vienen de uno de nuestros amigos, que está empleado en la policía.

—Y vamos, ¿qué es lo que anuncian? ¡Dios mío!

—De positivo, nada: únicamente, que se urde alguna cosa contra nosotros: hemos sido seguidos desde Chianciano hasta Osteria Barberini, y solo han perdido la huella en el Monte Gennaro. Querida mía, me parece que es preciso por el día de mañana renunciar á ver el teatro *Della Valle*.

—Pero capitán, le dije yo; esto no le impedirá á V. comer hoy.

—Espere V.: hé aquí la respuesta, me contestó.

—Vucencia está servido, dijo un lacayo abriendo la puerta.

Al entrar en la sala donde comíamos, observé que el capitán y el teniente tenían cada uno de ellos un par de pistolas cerca de su asiento, y además de esto, siempre que se abría la puerta, veíamos pasearse en la antesala, como de centinela, dos bandidos con sus carabinas.

Durante la comida estuvimos callados, como es de suponer: sin embargo, se concluyó sin ningún otro accidente. Debo decir á Vds. que comí mal, porque me presagiaba el corazón que nos íbamos acercando por momentos á la catástrofe, y no la veía aproximarse sin inquietud.

Después de la comida, el capitán colocó centinelas en todas partes.

—Mi hermosa Rina, dijo el mismo; te pido que me disimules el no poderte hacer compañía: es preciso que yo mismo vele por nuestra seguridad. Si quieres hacer lo mejor, acuéstate en tu cama, pero sin desnudarte, porque podría suceder muy bien que tuviéramos que levantarnos durante la noche, y si esto ocurriese, quisiera encontrarte ya dispuesta del todo para poderte llevar inmediatamente á un paraje seguro.

—Haré todo cuanto tú quieras, respondió Zefrina.

—Y en cuanto á V., M. Lonet, también le agradecería que tomase las mismas precauciones.

—Señor conde, estoy á las órdenes de V.

—Ahora, querida Rina, si tú quisieras dejarnos solos en este piso bajo, me alegraría mucho; porque tenemos que tomar algunas disposiciones que no debe presenciar una mujer.

—Está bien, me subiré á mi habitación, dijo Zefrina.

—Y yo haré lo mismo, repeti yo.

Aprovechándose de un momento en que el capitán se acercó á una campanilla para llamar á los criados, me dijo en voz baja Zefrina, restregándose las manos:

—Esto va bien, M. Lonet.

—Esto va mal, la respondí meneando la cabeza.

—Conducid á esta señora y á ese caballero, cada uno á su habitación, dijo el capitán en italiano, añadiendo después en voz baja algunas otras palabras, que no pudimos entender.

—Yo aún tengo esperanza de que esto no sea más que una alarma falsa, dijo Zefrina.

—¡Hum! yo no sé por qué, respondió el capitán, tengo un funesto presentimiento.... Si tuviese un instante, Zefrina, ya subiré á verte. Buenas noches, M. Lonet.

—Buenas noches, capitán; y me salió.

Zefrina se había quedado un poco atrás, pero apenas había subido yo diez escalones, la oí que me seguía: me detuve un momento para aguardarla, pero el bandido que me conducía me dió un empujón, y no lo permitió.

Entré en mi dormitorio; el bandido me dejó la luz y se retiró. Al salir cerró la puerta dando dos vueltas a la llave.

—¡Hola! dije para mí, esto es quedarse preso.

No podía hacer otra cosa que acostarme, y lo hice. Pasé algunas horas entregado á mis reflexiones, á cual más tristes y desagradables, hasta que se me puso la cabeza como un tambor. De cuando en cuando se estremecía todo mi cuerpo y se me abrían los ojos como si se me fueran á saltar. Por fin, á fuerza de abrirlos, ya llegué una vez á cerrarlos tan bien que me dormí.

No sé cuánto tiempo llevaría de sueño, cuando sentí que entraban en mi cuarto y que me agarraban por el brazo.

—¡Súbito, súbito, me dijo una voz.

—¿Qué hay, qué hay? pregunté sentándome en la cama.

—Non só niente, ma bisogna seguirmi.

Ya comprendí que este hombre me mandaba seguirle.

—¿Y á dónde tengo que seguirlos? le pregunté.

—Non capisco, avanti, avanti.

—Vamos, pues, allá: ¡qué diablos! ¿Se ha prendido fuego á la casa, por ventura?

—Avanti, avanti.

—¡Ah! Perdone V., perdone V.; yo no quiero dejar aquí mi violonchelo; no quisiera que le sucediera ninguna desgracia á este instrumento, y espero que no se me prohibirá el llevarle conmigo.

El bandido me hizo seña de que podía llevarmelo, pero que me despachase. Me eché el violonchelo á la espalda y me dispuse á seguirle.

Eché á andar delante, haciéndome atravesar muchos corredores; después bajamos una escalera muy estrecha, abrió una puerta, y nos encontramos en el parque á tiempo que empezaba á apuntar el día.

No puedo decir las vueltas y revueltas que dimos por aquellos sitios, hasta que por fin entramos en una espesura de árboles en la cual, y en el paraje más sombrío, se hallaba la entrada de una gruta, donde ya estaba un bandido de centinela. Me hicieron entrar por aquella abertura.

Al instante conocí que aquella debía ser provisionalmente mi morada, y empezaba á buscar y reconocer á tientas todos sus escondrijos, cuando de repente sentí que me cogían por la mano. Estuve á punto de dar un grito; pero la mano que me había agarrado era muy suave y pequeñita, y me ocurrió al momento que no podía ser la de ninguno de aquellos bandoleros.

—¡Chist! me dijo una voz femenina.

—Ni respire siquiera.

—Arrime V. ahí el violonchelo.

Hice lo que me mandaba.

—Vamos, ¿y que hay?

—Lo que hay es que están cercados por un regimiento, y que Ernesto está á su cabeza.

—¡Oh! ¡Qué valiente es ese M. Ernesto!

—¿Ve V. cuánto me ama? ¿lo ve V.? Nos ha se-

gnido desde Siennes hasta aquí. ¡Qué fortuna, mi querido M. Lonet, qué fortuna la de que le hayan hecho á V. prisionero!

—¡Oh! Si, si; ha sido una gran fortuna; respondi yo.

—Pues bien, yo he sido la que tuve semejante idea.

—¿V.? ¿Pues cómo?

—Ciertamente; porque dije que no podía bailar si no traían algún músico, y habiéndolo buscado por todas partes, no han parado hasta encontrarle.

—¿Conque á V. sola es á la que yo debo?...

—A mí sola, sí, mi querido M. Lonet; sin contar con que, gracias á su solitario de V., he podido avisar á Ernesto por todas partes del itinerario de nuestro viaje.

—Pero ¿cómo ha sucedido que nos hayan reunido en esta gruta?

—Porque este es el paraje más retirado y escondido del parque, y por consecuencia el último adonde podrán venir en nuestra busca. Además de eso, hay aquí una puerta que probablemente llevará á algún subterráneo, que ha de tener su salida al campo.

—¡Ah, muy bien! Es decir que si nos escurriésemos por esa puerta, haríamos perfectamente, y que esto sería lo más prudente.

(Concluirá.)

CRONICA.

Las monterías imperiales de Francia han estado bastante desanimadas en el mes de Mayo último. Las expediciones que mejor resultado produjeron, han sido las que tuvieron lugar los días 18, 21 y 24, en las que se mataron algunos ciervos y bastantes jabalíes.

Varios cazadores y propietarios de esta corte han dirigido una solicitud al señor gobernador de la provincia, pidiendo la adopción de medidas para evitar los atropellos y desmanes, que cometen los ladrones de caza en los terrenos dedicados á la cría y fomento de la misma.

Nosotros hacemos nuestra la expresada solicitud, y esperamos de la autoridad superior de la provincia que fijará en ella su atención. Por de pronto, la suplicamos que encargue á las autoridades locales y Guardia civil, el decomiso, perfectamente legal, de las piezas de caza, interin dure la veda.

Constantemente estamos recibiendo quejas á consecuencia del mal servicio de correos. Á pesar de que tenemos el cuidado de confrontar los paquetes antes de enviarlos al correo, para corregir cualquier error de copia en las fajas, no nos atrevemos á echar la culpa á la administración pública, sino cuando adquirimos la convicción más profunda de que no es nuestra.

Nosotros no aseguramos, como algunos otros, que el mal está en la organización del ramo. Opinamos, por el contrario, que en España nada te-

nemos que envidiar á las demás naciones. Y como estamos en la creencia de que el jefe del centro directivo del servicio de correos tiene decidido interés en que los funcionarios que de él dependen sean cual él celosos y exactos, no volveremos á ocuparnos de este asunto en las columnas de LA CAZA, y pondremos particularmente en conocimiento de su señoría cuantas faltas notemos, con expresión de los puntos en donde ocurran.

En el jardín zoológico de Berlín hay una numerosa colección de fieras y animales raros; abundan leones, tigres, panteras y demás bestias feroces colocadas en sus respectivas jaulas; en un gran lago habitan infinidad de animales acuáticos; se ven pájaros de todas clases en sus respectivas jaulas, é infinidad de monos metidos en las suyas; en un gran patio se pasean magestuosamente los osos, y por último, hay hasta 32 departamentos ocupados por toda clase de alimañas.

En las carreras de caballos celebradas en el bosque de Boulogne el 26 de Mayo último, se concedieron los premios siguientes:

De 3,000 francos, á *Maquignon* del Mayor Fridolin, y á *Bosphore* del conde de Bertieux.—De 10,000 francos á *Debut* del Mayor Fridolin, y á *Ruy-Blas*, de M. L. André.—De 4,000 francos, á *Iris*, del conde de Lagrange, y á *Druse*, de M. Th. Carter.—De 6,000 francos, á *L'Escurial* de M. Schicker, y á *Rocheport*, de M. H. Carter.—De 1,000 francos á *Photographe*, del conde de Lagrange y á *Sia-Mai*, de M. L. André.

El caballo *Rocheport* había obtenido también premio en la primera reunión de primavera, celebrada el día 12 en *Chantilly*.

Nuestros lectores habrán notado que el papel de los dos últimos números ha sido de peor calidad que el que usamos habitualmente. Debemos consignar que la culpa no es nuestra, sino del almacén donde nos surtimos desde el principio de la publicación, y el cual nos ha dado un papel que creíamos era el mismo, toda vez que ni se rebajó cantidad alguna en el precio, ni se hizo indicación alguna al dependiente que fué á comprarlo.

Estamos decididos á usar para este número otro papel mejor, aunque retrasemos algunos días su salida.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Marcos, 26.